
Testimonio: El P. Pedro Arrupe, S.J., padre y amigo

Eduardo Briceño, S.J. *

Al P. Arrupe lo conocí personalmente en 1954. Antes había oído hablar de él a algunos de sus compañeros de estudios que fueron después mis profesores, pero en ese año tuve la oportunidad de trabar con él una honda amistad.

Estaba yo en el Colegio Berchmans de Cali, a donde había ido pocos meses antes como Rector y allá llegó el P. Arrupe y permaneció cerca de un mes. Estaba en la plenitud de sus fuerzas (en el noviembre anterior había cumplido cuarenta y seis años) y quería emplearlas todas en la obra que el Señor le había encomendado: promover la Provincia del Japón de la que era Provincial y que, como toda nación, había quedado deshecha después de la segunda guerra mundial. Al mismo P. Arrupe, en ese momento Maestro de Novicios, le había tocado vivir la bomba atómica de Hiroshima y atender en su Noviciado a cientos de heridos. Idealista, totalmente convencido de su empresa, sentía la responsabilidad del reto que la historia estaba planteando a él y a toda su Iglesia: el Japón estaba en un momento crucial. Esa tierra que él amaba con toda su alma, cuya lengua y cultura había estudiado con pasión, en la que descubría inmensos valores humanos estaba abriéndose a la fe. ¡Había que aprovechar ese instante precioso!

Conservo plenamente la impresión que el P. Arrupe produjo en mí desde el primer momento y que fue luego adentrándose, podemos decir que hasta hoy, treinta y siete años después: era un visionario, un profeta, un apóstol, mezcla de Pablo, de Javier y de Ignacio. Era un

* Asesor espiritual en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana. Acompañó al P. Arrupe en el Gobierno de la Compañía de Jesús como Asistente General para América Latina Septentrional (1975-1980)

hombre vitalmente convencido de su misión y que se sentía visceralmente obligado a realizarla sin negarle un momento de su vida. El “ay de mí si no evangelizare” de Pablo ¹, lo podía repetir con toda verdad.

Tenía una fe inmovible. En ella se apoyaba. Ella lo impulsaba. De ella sacaba fuerzas para trabajar sin descanso. Recuerdo que una vez, habíamos anunciado una conferencia del padre en la Biblioteca Departamental. Fuimos allá, pero sólo acudieron unas diez o doce personas. Me acerqué al padre y le dije que, si le parecía bien, yo podría decir a la gente que, en vista del escaso número de oyentes, la conferencia se transfería para otra ocasión. “No, me dijo. Estos han venido a oírme y a mí me toca cumplir. El Señor se encargará del resultado”. Efectivamente fue llegando más gente y la conferencia produjo una excelente impresión.

Su espíritu de oración se me grabó especialmente. Ocupado en sus reuniones y conferencias, solía llegar al Colegio tarde de la noche. Iba al comedor, tomaba un vaso de leche y un banano que le dejábamos en la nevera y se retiraba a su cuarto. Al día siguiente, su luz indefectiblemente se encendía a las cuatro de la mañana. “¿A qué horas descansa este hombre?” me preguntaba yo. No sabía que desde los tiempos de sus estudios de medicina en Madrid, había adquirido el hábito de dormir sólo cuatro horas. Ese hábito lo conservó hasta el 7 de agosto de 1981, cuando le sobrevino la trombosis. Estuviera de viaje o tranquilo en casa, sólo dormía cuatro horas y, algunas veces menos, cuando, por razones especiales, tenía que acostarse más tarde de lo ordinario. Así sacaba tiempo para todo y especialmente para orar, porque todos los días pasaba largos ratos en diálogo íntimo con su Señor.

Podríamos pensar que un hombre de tanta actividad, tuviera un carácter impositivo y anduviera siempre de prisa. Era todo lo contrario. Su trato era bondadoso, sencillo, afable. Nunca imponía por la fuerza su parecer. En Cali, en Medellín, en Lima, en Buenos Aires, en La Habana, en México, donde quiera que se detenía en aquellos interminables viajes que emprendió como Provincial del Japón, dejó innumerables amigos que se prendaban de su trato bondadoso y sencillo. Se interesaba por ellos y por sus familias. Retenía los nombres con asombrosa precisión y los iba siguiendo con verdadero cariño.

Así nació la Procura del Japón en la que, ayudado por un grupo de eficientes colaboradores, pudo organizar una red de amigos que hicieron posible la realización de los grandes proyectos apostólicos que llevó a cabo en su lejana Provincia. Eran admirables los detalles que tenía con cada uno de sus amigos. De mí mismo puedo decir que desde ese año 54, hasta que el padre fue elegido General, veintidós años después, nunca me faltó una carta de felicitación el día de San Eduardo, escrita de puño y letra por el Provincial del Japón. Y ese no fue un caso excepcional. Era lo ordinario con los que él consideraba como sus bienhechores.

¹ 1 Cor. 9, 16.

El año 55 volvió el P. Arrupe a Cali y permaneció otro mes. La situación era ya muy distinta porque llegaba a terreno conocido y porque el grupo que había dejado bien organizado, le tenía preparada una serie de actividades que ocuparon todo su tiempo. A partir de ese momento, mantuve relaciones epistolares frecuentes con él y también nos vimos con motivo de algunos viajes rápidos que hizo a Colombia.

En 1982 el P. Jean-Claude Dietsch publicó una entrevista que había ido haciendo al P. Arrupe los meses anteriores a la trombosis del 7 de agosto precedente. A la pregunta: “¿para usted quién es Jesucristo?” el P. Arrupe contestó así: “esta misma pregunta me la hicieron de repente, hace unos cinco años, después de una entrevista que hice por la televisión italiana. La pregunta me tomó por sorpresa y respondí en forma totalmente espontánea: “para mí Jesucristo lo es *todo*”. Hoy respondo lo mismo, pero todavía con más fuerza y más claridad: para mí, Jesucristo lo es *todo*. Así se define lo que Jesucristo representa en mi vida: *todo*. Desde que entré en la Compañía, él fue y es siempre mi fuerza. Pienso que no es necesario explicar más lo que esto significa: si se quita a Jesucristo de mi vida, todo se deshace como un cuerpo al que se le quite el esqueleto, el corazón y la cabeza”.²

Esas palabras del P. Arrupe, pronunciadas en 1981, reflejan exactamente la impresión que tuve yo de él en 1954 y que se fue afirmando con el paso de los años. Ese amor apasionado por Jesucristo es la explicación de su vida.

En mayo de 1965 se reunió en Roma la Congregación General XXXI que había de dar un sucesor al P. Juan Bautista Janssens, General de la Compañía, fallecido en el octubre anterior. El P. Arrupe había llegado a la Curia unos meses antes, llamado por el P. Juan Swain, Vicario General, para que tomara parte en la Comisión Preparatoria de la Congregación. Ya desde el principio, la figura del Provincial del Japón se perfilaba como la de uno de los “generalables”. El día de la elección, estaba yo en el aula, detrás de él, un poco en diagonal. Lo veía perfectamente. Estaba sereno y cuando su nombre reunió el número de votos necesario, se quedó tranquilo, esperando que el P. Vicario proclamara el resultado. Hecho esto, se levantó sencillamente para dirigirse al centro y recibir el saludo de todos los electores.

Desde ese momento, comenzó a desplegar una enorme actividad. Daba la impresión de que sintiera la urgencia de dedicar a la Compañía toda su vida, sin desperdiciar un solo instante. Así se manifestaba el otro grande amor de su alma: la Compañía de Jesús. “Un amor sencillo y filial desde el Noviciado y que, sin perder su simplicidad, va adquiriendo con la experiencia, al correr de la vida, una extraordinaria profundidad y fortaleza” como dijo él mismo en la homilía pronunciada en la Iglesia del Gesú de Roma, el 15 de enero de 1977, con motivo de sus cincuenta años de vida religiosa.³

El P. Arrupe fue un hombre totalmente troquelado en la espiritualidad ignaciana que incesantemente fue penetrando y asimilando desde que entró al Noviciado en aquel enero lejano de 1927. Un compañero suyo de estudios contaba que siendo ambos juniors, el P.

Vicente Leza, el famoso Superior de Colombia y Provincial de Castilla que, por aquel entonces, era el P. Espiritual de los Juniores, le había dicho un día refiriéndose al joven Arrupe: “ahí tiene usted a San Juan Berchmans. No creo que el santo pudiera hacer nada más de lo que hace éste”

Así era en realidad. La asimilación de los criterios ignacianos fue una pasión de su vida. En el Japón, mientras fue Maestro de Novicios, tradujo al japonés los Ejercicios y escribió un comentario. Siendo General, seguía con avidez todo lo que en este terreno se publicaba; trajinaba continuamente los tomos de “Monumenta”; consultaba los especialistas y pudo así producir sus orientaciones sobre “el modo nuestro de proceder”; “servir sólo al Señor y a la Iglesia, su esposa bajo el romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra”; la “Inspiración Trinitaria del carisma ignaciano” y tantos otros que han sido, desde entonces, luz permanente en el camino de la Compañía.

Durante algunos años, primero como Rector del Pontificio Colegio Pío Latino Americano en Roma, luego como Asistente Regional de América Latina septentrional y finalmente como Superior de la Curia, pude seguir de cerca el trabajo del P. Arrupe como General.

La impresión fue siempre la misma: un hombre poseído por una misión a la que no quería quitar un solo instante de su vida; pero al mismo tiempo, un hombre sencillo, sereno, lleno de bondad y extraordinariamente respetuoso del parecer de los demás.

Para comprobarlo primero, bastaría recordar su horario de trabajo - cuatro de la mañana a doce de la noche - observado rígidamente, sin excepción ninguna, todos los días del año, estuviera donde estuviera. Pero además hay que anotar que nunca se tomaba unos días de vacaciones y que sí accedía a ir alguna vez a “Villa Cavalleti” Grottaferrata, allá continuaba exactamente con el mismo plan de trabajo.

En una ocasión, fui a pasar unos días a “Villasimius”, una casa de vacaciones de la Compañía cerca de Cagliari. Allí me encontré con padres y hermanos de las distintas casas de Roma y tuve un descanso verdaderamente agradable. Al volver, dije al P. Arrupe que hiciera él lo mismo y que eso le ayudaría mucho a descansar. “No, me respondió. Yo no necesito descanso. Si fuera a “Villasimius” no sabría qué hacer”.

Lo interesante es que ese ritmo de trabajo jamás lo puso nervioso o agotado. Podía tener las mayores preocupaciones, su genio permanecía siempre igual. Siempre estaba dispuesto para animar al que estuviera desalentado; para celebrar una broma o para darla. ¿Cómo se explicaba esa igualdad de ánimo tan extraordinaria? El solía decir que su descanso era el *furo*, el baño japonés en agua muy caliente que solía tomar todos los días durante veinte minutos, después de comer. Eso, naturalmente, era una ayuda preciosa, pero muchas veces he pensado que el fondo de esa serenidad lo constituía, por una parte un admirable equilibrio psicológico y, por otra, una vida espiritual tan intensa, que lo hacía descansar plenamente en Dios. A esa playa acudía él con sus fatigas y sus preocupaciones y en ella encontraba

indefectiblemente la paz.

De esa fuente de su vida interior, brotaba también otras de sus características como hombre de gobierno: la audacia. Nunca tuvo miedo al cambio. Siempre estuvo abierto para estudiar los que parecían convenientes para la Compañía, en vista de su adaptación a los tiempos nuevos y cuando estaba convencido de esa conveniencia, se lanzaba a ellos sin ningún temor, más aún consciente de las dificultades y sinsabores que ellos acarrearían.

El 4 de diciembre de 1974, dirigió a la Congregación General XXXII una instrucción sobre “El desafío del mundo y misión de la Compañía” en la que afirmó: “no hay por nuestra parte como jesuitas, más que una actitud fundamental: la de la entera apertura al espíritu que renueva la faz de la tierra. Y una responsabilidad fundamental: la de acompañar al mundo en ese cambio, iluminándolo con la luz del espíritu. No podemos quedarnos atrás corrigiendo los errores sino que hemos de esforzarnos por proyectar aquí y ahora nuestra luz hacia el porvenir, tratar de sorprenderlo y acompañar la marcha, el cambio, desde la acción inspiradora y transformadora del espíritu”.⁴

Y en el discurso inicial de la Congregación de Procuradores de 1968, se expresó así: la “lucha por la injusticia y solidaridad con los pobres conduce a veces a la confrontación y aun a la persecución. Es el “precio que tenemos que pagar”. Y eso tanto el régimenes comunistas como en los llamados “de seguridad nacional” o en los que la opresión e injusticia a quien nos oponemos tiene sus raíces en el capitalismo”⁵

He dicho que el P. Arrupe era extraordinariamente respetuoso del parecer de los demás. Es éste un punto que me impresionó de manera especial y podría aducir muchos ejemplos para probarlo. Respaldaba firmemente a los Provinciales. Cuando tenían dificultades, sufría con ellos y siempre estaba dispuesto a animarlos. En alguna ocasión, el mismo Padre General de su puño y letra, añadió en la minuta de una carta a un Provincial, una frase que sin ser especialmente dura, hirió al Provincial a quien se dirigía. Respondió éste adolorido diciendo que esa frase sería escrita, sin duda, por algún secretario. El P. General, al ver el borrador escrito de su mano, redactó una nueva carta en la que decía que era él quien había escrito la frase famosa y le pedía perdón por haberlo lastimado. Cuando vi esa nueva carta, me quedé sin palabra. El P. General pedía perdón por algo en que no había el menor deseo de ofender. Sobra decir que el más maravillado fue el mismo Provincial.

El respeto del P. Arrupe por sus subordinados fue algo que siempre me impresionó. Conmigo tuvo algunos detalles que nunca podré olvidar. En cierta ocasión, había pensado el P. General llamar a Roma para que ocupara un cargo delicado, a un padre de la Asistencia de América Latina septentrional. Me lo preguntó y mi primera reacción fue negativa. Pensaba yo que ese hombre era necesario en su Provincia. El P. General que no ocultaba su entusiasmo por la solución que había encontrado me dijo: “bueno, si usted piensa eso, vamos a buscar otro”. Me quedé dando vueltas al asunto y, a los dos o tres días: hable de nuevo con el P. General. “Padre, le dije he estado pensando aquel caso y creo que podemos

encontrar una buena solución para reemplazar a ese padre y que a él mismo le convendría venir por un tiempo a Roma”. Al P. General le brillaron los ojos e inmediatamente me respondió: “Muy bien, si usted está de acuerdo, vamos a llamarlo”.

Casos como éste podrían multiplicarse, pero sólo quiero añadir uno. Cuando se trató de nombrarme Superior de la Curia, el P. General se presentó en mi cuarto junto con el P. Laurendeau, Secretario de la Compañía. Sonriendo me dijo: “He estado pensando nombrarlo Superior de la Curia. ¡Pobrecico! ¡No me diga que nó!” Yo naturalmente le respondí: Padre General ¿cómo voy a decirle que no? haga usted lo que quiera”. con eso nos pusimos a buscar la fecha en que se haría efectivo el nombramiento. Ese cargo me dio la oportunidad, una vez más, de constatar la delicadeza del Padre General. Nunca intervino en el gobierno de la casa. Siempre apoyó mis decisiones y en las actividades de comunidad, tomaba parte con verdadero interés.

Con esto llegamos a los últimos meses de mi permanencia en Roma que coincidieron con los pasos dados por el P. Arrupe para convocar la Congregación General y presentarle su renuncia; plan que, como sabemos, se frustró porque el Santo Padre no lo creyó conveniente.

La decisión del Santo Padre tuvo que ser muy dolorosa para el P. General porque tenía grandes ilusiones en la realización de ese proyecto que creía de mucha importancia para la Compañía. Pero aquel hombre en quien el amor al Papa había sido siempre algo que llevaba profundamente clavado en el corazón, que había asimilado vitalmente la visión de fe del carisma ignaciano que descubre en el Papa al maestro y guía de la Iglesia, no podía menos que aceptar esa decisión, por dolorosa que fuera, con el amor y la docilidad que son propias de un sucesor de Ignacio. No en vano, poco antes había escrito el trabajo ya mencionado, “Servir sólo al Señor y a la Iglesia, su esposa, bajo el romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra”. En él analiza ampliamente la frase de Ignacio, según la cual el voto de obediencia al Papa es “nuestro principio y principal fundamento”. “Lo es, dice el P. Arrupe, porque constituye la razón de ser como orden religiosa...; porque realiza y especifica el servicio de Cristo, propio de la Compañía, el “ser puesto con Cristo”, tan deseado por San Ignacio y tan encarecidamente pedido. Es así mismo fundamento principal, porque confiere a la estructura de la Compañía su forma peculiar”.⁶ Eran ideas largamente meditadas y hondamente vividas.

Me despedí del P. Arrupe en octubre de 1980, cuando todavía estaba reciente la decisión del Santo Padre. Con la confianza que me daba una amistad de tantos años, le pregunté: “P. General, ¿usted. Cómo está? ¿Qué siente de todo ésto?”

Me respondió con la mayor sencillez: “estoy tranquilo. perfectamente tranquilo. Hice lo que creí debía hacer. Di todos los pasos que señala el Instituto para este caso. Todo funcionó perfectamente. Ahora el Santo Padre ha dicho que no. Esto me basta. Esperemos”.

La suprema lección del P. Arrupe fue la obediencia de la fe y en el amor, corroborada por

los años de inmolación en la enfermería. Siguió al Señor hasta la cruz. Este fue el testimonio de este gran padre y amigo.

Ninguna conclusión mejor para estos “recuerdos” que la que el mismo P. Arrupe escribió, dos veces antes de sufrir la trombosis, para la entrevista con el P. Dietsch. Dice así: “a lo largo de este libro se ha tratado siempre del pasado. Por eso me parece que esta conclusión hubiera debido escribirse más tarde, cuando hubiera pasado los últimos años de mi vida, años que necesariamente pasarán, pero al fin de los cuales quizá no pueda yo dictar mis pensamientos. ¿Cuántos serán estos años? ¿Cómo se desarrollarán? Un misterio más en la vida. Pero es cierto que el fin llegará “cuando menos se le espera...como un ladrón”. (Lc. 12,39-40).

En realidad la muerte, tan temida muchas veces, es para mí uno de los acontecimientos más esperados, un acontecimiento que da sentido a mi vida. Se le puede considerar como el fin de la vida o el umbral de la eternidad. Los dos aspectos me consuelan. Porque el fin de la vida es siempre el de un camino que ha atravesado el desierto para conducirnos a la eternidad - un camino, a veces muy difícil porque, a medida que las fuerzas declinan el peso de los años se hace más duro -. Pero como la muerte es también el umbral de la eternidad, implica la entrada en esa eternidad a la vez desconocida y esperada el encuentro con el Señor, la eterna familiaridad con El. Como San Pablo, me siento “presionado por ambos lados: tengo el deseo de partir y de estar con Cristo” (Fil. 1,23), pero “no rehusó el trabajo, si puedo ser útil y mientras el Señor lo quiera”.

Eternidad, inmortalidad, visión beatífica, felicidad perfecta... todo es nuevo, no conocemos nada. ¿La muerte es un salto en el vacío? No ciertamente no. Es arrojarse en los brazos del Señor, es oír la invitación que ciertamente no hemos merecido pero que se nos hace con toda verdad: “bien, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor” (Mt. 25,21), es la llegada al final de la esperanza y de la fe para vivir en la caridad eterna e infinita (1 Cor.13,8). ¿Cómo será el cielo? Imposible imaginarlo. “Es lo que el ojo no vio ni el oído oyó, lo que no llegó al corazón del hombre, todo lo que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor.2,9). Espero que será un “consummatum est” (todo está consumado), el último “Amén” de mi vida, el primer “Alleluia” de mi eternidad. Fiat, fiat (7)